

ven. He hablado hasta aqui con Santo Thomás, y San Melchiades Papa, y Martyr, que así carean de comparacion estos dos admirables Sacramentos.

Las mugeres de Lacedemonia no se tenían por madres con haver dado à luz el hijo, si luego no lo criaban para Soldado. Tenían por la mayor honra el tener hijos en la guerra. Y por eso, apenas nacido, le ponían por cuna un broquel, y en un broquel metían à su infante, porque desde allí yá lo querían fortalecido à la Milicia, yá lo ponían armado à la batalla. Con esa alusion dixo el Poëta: *Reptasti per scuta puer.* ¡Oh, cuánto mejor Madre la Iglesia, no contenta con havernos dado la vida en el Bautismo, nos arma luego en la Confirmacion para la batalla, que es toda nuestra vida, para las peleas, que han de ser todos los días! *Cunctis diebus, quibus nunc milito.* Nos dió allí la espada; pero metida en la bayna: *Gladium spiritus*, la espada del espíritu, las armas de la Fé; pero de qué nos servirán en la bayna, sin tener valor para sacarla, sin tener fuerza para esgrimirla? Por eso en la Confirmacion nos dá este valor, y esa fuerza. Temistocles, Capitán Ateniese, solía decir, que no temía à Teutides, General de los Cretenses, porque aunque tenía espada para herir, no tenía corazon, ni valor para desembaynar. Pues lo mismo pueden decir los demonios de un Cristiano aun no confirmado, que aunque tiene la cuchilla de la Fé, pero sin valor, sin brío para saberla desembaynar.

Ese es, pues, el poder admirable, esa la eficacia Divina del Sacramento de la Confirmacion, que hace, si no halla impedimento de culpa en el que le recibe, aquello mismo que hizo el Espíritu Santo el día de Pentecostés en los Santos Apóstoles. Todos ellos antes, ¡qué tomerosos! qué tibios! qué remisos! qué flacos! Este que niega, aquellos que dudan, todos que se retiran, y todos que se esconden de miedo, de temor, de susto. Baxa sobre ellos el Espíritu Santo: *Sedete in Civitate donec induamini virtute ex alto.* Y al punto, ¿qué sucede? Que todo el mundo con sus tyránias, que todo el infierno con sus hueftes, yá les parece nada à su valor, al denuedo invencible con que salen predicando la verdadera Fé; sin que à hacerlos callar bastasen tormentos, cruces, cuchillos, muertes. Pues eso mismo, que allí visiblemente se les dió à los Apóstoles sin Sacramento, sino porque quiso darlo su Dueño Divino; eso es lo que à cada uno de nosotros se nos dá invisiblemente en virtud del Sacramento de la Confirmacion. ¿Eso mismo? Sí, que para cada uno, el día en que se confirma, es su día de Pentecostés, en que baxa sobre él el Espíritu Santo, que lo corrobora, lo alienta, lo fortalece, para que confesando públicamente la Fé, se oponga à los Hereges, resista á los Tyranos, desprecie los tormentos, sujete à los demonios. ¿Todo eso se nos dá? Sí; ¿pues cómo no hacemos lo que allí los Apóstoles? Cómo no sentimos en nosotros ese valor, y aliento santo, para confesarnos en todo Christianos? Cómo, antes, por el contrario,

parece que nos avergozamos de las santas acciones del Christianismo? Si tenemos esas armas, cómo nos vence, y nos hace huir, no digo tormentos, no digo muertes, sino una palabra, una chanza, un dicho, una rifa? Si tenemos esa cuchilla, cómo nada hacemos con ella?

Yo os lo diré: Aquel prodigioso Capitán Jorge Castrioto, à quien los Turcos llamaron Scandarbey, era de tan estupenda fuerza, que de un golpe de su alfange hendía por medio à un hombre, aun armado de forado morrión de acero, lo partía à un impulso por medio, como si fuera un nabo. Pasmó tanto à los Turcos este prodigio, viendo en los suyos el estrago, que el Gran Turco le envió à pedir al Capitán Christiano, que le enviase su alfange, que deseaba vér, y admirar filos de temple tan prodioso. Enviólo al punto Castrioto, y haciéndolo el Turco empuñar al hombre de mas fuerza, puesto un morrión para hacer la prueba, no solo no lo hendía, pero apenas lo mellaba. Ea, que no es este su alfange, (dixeron) nos envió otro. No es, respondió Castrioto à los Embaxadores. No es sino el mismo que yo uso; pero decidle à vuestro Empeador, que aunque envié el mismo alfange, que con tanto estrago os admira, no pude enviar con él el mismo brazo que lo maneja. ¡Ah, oyentes míos! el mismo alfange del Espíritu Santo: *gladium spiritus*, que tuvieron los Apóstoles, que tuvieron los Martyres, y con que vencieron los tormentos, y la muerte, ese tenemos nosotros por el Sacramento de la Confirmacion; pero si el alma, embarazada de culpas, estorva la gracia de este Sacramento, si el brazo que lo hade manejar está débil, está paralizado entre los vicios, ¿qué importa tener un cuchillo tan poderoso? Es la Confirmacion Sacramento de vivos: quiero decir, que se debe recibir estando en gracia, y que será sacrilegio recibirlo en pecado mortal. Es su efecto principalísimo perfeccionarla como he dicho, y aumentarla; pero lo que no es blanco, cómo podrá hacerse mas blanco? Cortados los cabellos à Sansón, fue juguete de los Filisteos, el que antes era terror de los Exercitos.

Por esta perfeccion, pues, que dá el Sacramento de la Confirmacion, el Ministro ordinario de este Sacramento es solo el Obispo, y no los Sacerdotes, sino es que tengan especial potestad del Sumo Pontífice. Así, enseñado de los Santos Apóstoles, lo tiene firmemente la Iglesia en sus Sagrados Cánones, porque siendo este Sacramento la última perfeccion en el sér de Christiano, toca el darla à los Ministros mayores de la Iglesia. Así como en el Obrador de un Pintor los Oficiales todos bosquejan, meten colores, pintan ropages; pero el perfilar rostros, retocarlos, y ponerles la última mano, eso toca al Maestro. El Maestro es quien lo hace. En el edificio los Oficiales labran las paredes, acomodan las piedras, forman las bobedas; pero acabado, el ponerle la última perfeccion, ahí entra la mano del Maestro Mayor: *Per Baptismum*, dice Santo Thomás, *edificatur homo in domum spiritualem.* (D. Tb. 3. p. q. 72. art. 11.)

Por

Por el Bautismo se fabrica el hombre en Templo de Dios. Eso, pues, es ministerio de los Sacerdotes: *Per Confirmationem, quasi domus edificata, dedicatur in Templum Spiritus Sancti.* Pero por la Confirmacion este Templo, que yá estaba acabado en el Bautismo, con nueva hermosura, con cabal alíño, y perfeccion se consagra yá, y se dedica. Pues eso es proprio de Maestros mayores, que son los Obispos.

Yo confieso por último, que sin recibir el Sacramento de la Confirmacion qualquiera se puede salvar. Eso es decir, que no es necesario este Sacramento como medio. Es verdad: pero si el salvarnos ha de ser batallando, y peleando con tantos enemigos, y en pelear bien está nuestra corona: *Non coronabitur, nisi qui legitime certaverit;* ¿cuánto será nuestro peligro de ser vencidos sin estas armas? *Omnino periculosum est* (dixo en este sentido Hugo Victorino) *si ab hac vita sine Confirmatione migrare contingeret.* Adelantó mas, que aunque alguno descuidara en toda su vida de recibir este Sacramento, no por eso pecaría mortalmente, sino es que lo dexara por Desprecio. De Novato, refiere Eusebio, que habiendo con soberbia despreciado el recibir el Sacramento de la Confirmacion, por eso se apoderó de él el demonio, y negando luego vilmente su Sacerdocio, y su Fé en los tormentos, se hizo tan perverso Herefiarca. (Euf. lib. 6. c. 35.) Por eso los antiguos Christianos buscaban tan ansiosos este Sacramento para amarse invencibles contra las batallas de los Tyranos. Por eso los antiguos Padres de la Iglesia la zelaron con tanta veneracion, como lo dirá este prodigiosísimo suceso, que refiere con otros Surio.

Gobernaba la Iglesia de Anjou en la Francia Lugdunense S. Maurilio, Prelado Santísimo, que tenía llena aquella tierra de sus prodigios, haciendo enfermos, librando endemoniados, resucitando muertos. Havia, pues, con sus oraciones conseguido de Dios à una muger estéril un hijo; pero estando éste en tiernos años, (Sur. 13. Sept. Stengel. de Divin. Judic. l. c. 34. n. 14. Dav. Cath. Hist. t. 3. tit. 1. de Conf. ex. 1.) vino con él llorosa à la Iglesia, pidiendo al Santo, que se lo confirmara, que estaba el muchacho yá para morir. Fue esto en ocasion que estaba S. Maurilio diciendo Misa, en que arrebatado de su fervor tanto se detuvo, que primero el niño acabó la vida, que el Santo Prelado la Misa. Quando yá lo halló muerto fue tal su dolor, tan inconsolables sus lágrimas, pareciéndole, que por su culpa havia privado aquella alma de la gracia de este Sacramento, que no le pareció que hacía debida penitencia, sino desterrándose por algun tiempo de su Obispado. ¡Oh, como escrupulizan los Santos, aun las que à los ojos de los hombres no parecen culpas! Salióse ocultamente Maurilio, y llegando à una playa de Breña, mientras havia embarcacion, gravó en una piedra su nombre, y la causa de su voluntario destierro. Embarcóse, y advirtió entonces, que se havia traído las llaves del Sagrario,

donde se guardaban las reliquias de los Santos en su Iglesia. Esto pensaba pensaroso con las llaves en las manos, quando el demonio, arrebatándofelas, las arrojó en el mar. Aqui redobló sus gemidos, e hizo voto de que no volvería à su Iglesia, hasta que aquellas llaves pareciesen. Llegaron à tierra, mudado el abito se acomodó à servir de Hortelano. Así pasaba Maurilio; pero sus oyejas, echando menos à su Santo Pastor, amonestados del Cielo, enviaron quatro hombres, que por todas partes lo buscaran. Salieron aquellos, y por espacio de siete años corrieron en su busca toda la Europa. No daban con él, hasta que llegados à aquel Puerto de Breña, quando menos esperaban, encontraron la piedra escrita. Leen el nombre de Maurilio, y su destierro, y alentados, vuelven à embarcarse, y à poca navegacion ven saltar un pez del mar en el Navio, y matandolo, hallan en su buche las llaves del Sagrario de Anjou. Algo más se consolaron. Profiguen su derrota, y llegados à tierra, alvergados en una casa de campo, oyen al Señor de ella decir, que llamen al Hortelano Maurilio. Los corazones les saltaban al oír este nombre. Venlo venir, y conocen à su Santo Pastor, y echados à sus pies con lágrimas le piden, que vuelva à su Iglesia. Atónito quedó Maurilio al verse conocido. Pero dioxoles como tenia hecho voto de no volver, hasta llevar las llaves, que havia perdido. Pues aqui están, le dicen, y le refieren el suceso. Conoció, que era voluntad de Dios, que se volviese, y así lo hizo. Pero aqui entra lo mas estupendo del prodigio. Llegando à su Iglesia, se fue derecho à la sepultura de aquel niño, que havia yá siete años que estaba enterrado, y puesto de rodillas, haciendo descubrir la sepultura, hizo oracion à Dios, y à vista de todos resucitó el muchacho. Lo confirmó, poniendole por nuevo nombre Renato, y vivió despues, y fue su sucesor en el Obispado, y obrador tambien de grandes milagros. No hay voces para celebrar tanto prodigio. No lo pudo resucitar luego; pues lo resucitó despues de siete años? Sí. Pero quiso así mostrarnos Dios cuánto debe estimarse el Sacramento de la Confirmacion. Quiso darnos à entender cuánto vale el aumento de la gracia que nos dá, para que podamos resucitar mejor al estado perfecta, à la confirmacion de la vida, que será en la Gloria.

PLATICA II.

DEL SAGRADO CHRISMA, MATERIA del Sacramento de la Confirmacion, y su significacion doctrinal.

A 28. de Agosto de 1692.

PARA nada es bueno quien solo es bueno para sí. Máxima, que si la publican cierta repetidas experiencias en lo político, mejor nos lo ase-

Pp

gu-

guran verdadera mas sagradas obligaciones en lo Christiano. Nada hay mas proprio de cada uno, que su vida, y nada mas ageno. Nada mas proprio; pues sin poder partir su vida, aun con lo que mas quiere, vive solo para sí en lo que anima: y nada mas ageno, pues sin poderse negar para todos, vive en lo que obra: *Homo in adiutorium mutuum generatus est*, dixo Seneca. (Sen. lib. 1. de Ira, c. 5.) No llamaron bien vividor al que solo atiende à sus proprias comodidades: mas, y mejor vive quien sabe repartir su vida, atendiendo à agenos provechos. Vivir para otros, es gozar cabal la vida para sí: *Alteri vivas oportet, si vis tibi vivere*. (Senec. epist. 48.) dixo el feludo Cordobés, hablando de la politica. Y mejor del vivir Christiano lo escribió con mas sagrada pluma Sidonio Apollinar: *Illum precipue puto suo vivere bono, qui vivit alieno*. (Sidon. Apol. lib. 7. epist. 12.) No le basta, pues, à un Christiano ser bueno para sí, debe ser bueno para todos. Viva para sí en lo interior de las virtudes; pero ha de vivir para todos en el exterior de los buenos exemplos: *Unicuique mandavit in proximo suo*, nos intima esta obligacion el Espíritu Santo. Un niño desde que nace, hasta que llega à edad madura, vive; pero no hace mas que vivir, pues solo vive para sí. Pues eso es lo que en la vida del alma hace el Santo Sacramento del Bautismo. Pero un hombre ya reparte su vida en atender à los que miran, y en cuidar de sus proprias obligaciones. (D. Th. 3. p. q. 72. art. 2.) Pues eso es lo que mejor perficiona con lo varonil de la gracia el Sacramento de la Confirmacion. No les pareció bastante à aquellos Soberanos Espiritus, que tiraban la gloria de Dios, ser como carbonés encendidos, que aunque en sí arden; pero no alumbran: *Aspectus eorum quasi carbonum ignis ardentium*. (Ezech. 1.) Y por eso eran tambien como lamparas, que no ciñéndose à la esfera de los ardores, esparcen para todos el esplendor de sus luces: *Et quasi aspectus lampadarum*. Pues esa es la obligacion de un Christiano, que con los aumentos de la gracia le intima el Sacramento de la Confirmacion.

El Sacramento del Chrifma le llamaron los antiguos Christianos; y dieronle este nombre, porque en este Sacramento es la materia el Sagrado Chrifma. Nombre, que resonó siempre en oídos Cathólicos con ecos de veneracion. Divino, y Deífico Ungüento lo llamó San Dionysio Areopagita. Sacerofanto Chrifma lo apellida Optato Milevitano, Chrifma Celestial lo nombra el Concilio Laodicense; y Theofanes Antioqueno, Oleo Divino. Renombres todos, que nos apuntan sus soberanos efectos. ¿Pero qué quiere decir este nombre Chrifma? Es lo mismo que Uncion en nuestra lengua. Uncion quiere decir; mas dexaronle el nombre Griego los antiguos Padres, para que siendo distinta la voz con que lo llamamos, hagamos así concepto de la grandísima distincion que vá de esta Uncion soberana, à las otras ordinarias; que si esas solo paran en el cuerpo; esta Uncion sagrada, ungiendo la carne,

la Confirmacion.

confagra con mejoras de gracia el alma: *Caro ungitur, ut anima consecratur*, dice Tertuliano; haciendo la señal en el cuerpo, estampando mejor la fortaleza en el alma: *Caro signatur, ut anima muniatur*. El Chrifma, pues, es la materia tan del todo esencial à la Confirmacion, que sin él no será Sacramento: así como sin agua natural no puede haver Bautismo; el Chrifma, digo, que se compone de oleo, de aceyte de olivas, y no de otros, y bálsamo mezclado con él, y confagrado por el Obispo: de modo, que si no está así confagrado, no será la Confirmacion válida. Así lo difinen repetidos Santos Concilios. Esa es, pues, la confagracion de los Oleos, que hacen los Obispos en el Jueves Santo, porque en ese dia, como de tradicion de los Apótoles, nos enseña San Fabiano Papa, en aquella última Cena les enseñó nuestro Divino Redentor, como havian de formar el Chrifma para este Santo Sacramento, y acabólo de instituir su Magestad, quando despues de determinada aqui su materia, señaló sus Ministros, dandoles à sus Apótoles la potestad, y dignidad de Obispos, al capítulo 20. de San Juan: *Sicut misit me pater, & ego mitto vos*. Esta es, pues, la materia sagrada de este Soberano Sacramento, à cuya veneracion se abaten à enseñarnos los Angeles, el Cielo se inclina à celebrar lo sagrado de sus Mysterios. Los pérfidos Hereges Donatistas, refiere Optato Milevitano, arrojaron una vez por desprecio con toda la fuerza de su maldita colera, desde una alta ventana un vaso en que estaba el Sagrado Chrifma; pero volando mas que él las manos de los Angeles, quedó con estupenda maravilla sano entre las piedras, sin que pudiese quebrarlo, ni la altura, ni la violencia, ni el golpe. ¿Mas qué mucho que à su obsequio así voláran ligeros los Angeles? En el Bautismo del Gran Clodoveo, Rey de Francia, llegado à la pila Bautismal con innumerable concurso del pueblo, el indecible aprieto de gente no dexó pasar al Sacerdote, que llevaba el Chrifma, quando ya allá entradas las ceremonias lo echan menos. No havia forma de traerlo, y afligido el gran Prelado San Remigio, levanta los ojos al Cielo, quando vé baxar una Paloma tan cándida como la nieve, que traía en el pico una redomilla llena de Chrifma, que dexandose en las manos, desapareció al punto, y al ungir al Rey la cabeza, llenó à los circustantes de un olor tan celestial, de una fragancia tan estraña, que no les cabían de gozo los corazones.

Mas ya, ¿qué nos quiso decir nuestra Vida Christo con esta junta mysteriosa de que se compone el Sagrado Chrifma, Oleo, y Bálsamo? Si era para representarnos à los ojos las interiores fuerzas de la gracia, que en la Confirmacion recibe el alma para las luchas, y peleas espirituales, no bastaba solo el aceyte, que porque les diera vigor, y fuerza se lo ungian para luchar los Atletas? *Ideo nos unxit*, dixo San Agustín, *quia luctatorum contra diabolum fecit*. Y si era para mostrarnos la robustéz varonil, la fortaleza de ya hombres, que

que nos dá este Sacramento en la vida del alma, no bastaba solo el Bálsamo, de que solo por varonil se ungian los hombres, à distincion de olores, y perfumes mugeriles? *Balsama me capiunt, hac sunt unguenta virorum*, dixo el Poeta. Si es para mostrarnos el aliento con que la Confirmacion fomenta la vida del alma, no bastaba el aceyte solo, que nos diria, que como él sustenta la llama en la lampara, y la fortifica, así este Sacramento mantiene al espíritu su mejor llama? O si es para decirnos, que el Sacramento de la Confirmacion nos aumenta las fuerzas de la Fé para preservarnos de la corrupcion de los errores; no bastaba solo el bálsamo, que así preserva los cuerpos, y los defiende de la podredumbre? Pues si solo el aceyte lo significaria todo, ¿si solo no lo podia significar todo el Bálsamo: por qué juntos? Por qué, mezclados Oleo, y Bálsamo, quiso el Señor, que fuesen la materia de este Sacramento? Buena duda por cierto.

Pero, oh, si entendieramos bien la razon! No dixé ya como la Confirmacion es perfeccion del Bautismo? Pues por eso juntos Oleo, y Bálsamo, porque uno, y otro es menester para que sea, como debe, dentro, y fuera, cabal, y perfecto un Christiano. Es el caso (explica no menos autoridad, que la del Santo Concilio Florentino) es el caso, que el Oleo que dá lustre, y esplendor à la tez, significa el esplendor, y pureza de la conciencia, pero no basta solo; y por eso el Bálsamo con su natural fragancia representa el olor de la buena fama: *Confirmatio, cujus materia est Chrifma confectum, ex oleo, quod nitorem significat conscientie, & Balsamo, quod odorem significat bonae fame*. De modo, que no basta solo tener buena conciencia, sino que en lo exterior debe un Christiano atender al olor de la buena fama. No basta el Oleo, se ha de juntar el Bálsamo. Sí, vuelve à decir Santo Tomás: *Gratia Spiritus Sancti in Oleo designatur Admisetur autem Balsamum propter fragrantiam odoris, que redundat ad alios, unde Apostolus dicit Christi bonus odor sumus Deo*. (D. Th. 3. p. q. 72. art. 2.) El Oleo significa la gracia, que aumenta el Espíritu Santo en el alma que recibe este Sacramento; pero à ese Oleo se le mezcla el Bálsamo. Por qué? porque su fragancia, su buen olor, no se ha de quedar adentro, ha de salir afuera, à que todos las gocen, porque somos buen olor de Christo, dice San Pablo. No basta solo el Oleo que así adentro sana, es menester tambien el Bálsamo que así afuera huele. No le basta à un Christiano cuidar solo del Oleo de la gracia, así à lo interior de su alma, debe atender en todas sus acciones al Bálsamo, que derrame à todos el olor de los buenos exemplos: *Proximo famam; nobis debemus, & providemus conscientiam*, dice San Bernardo. (S. Bern. serm. 70. in Cantic.)

Oh, qué verdad tan sumamente grave! tan importante, tan provechosa, y no sé si tan entendida! De modo, que no cumple un Christiano con ser bueno para sí. No cumple. Debe mostrarse bueno para todos quantos lo vén. No le basta con

tener limpia la conciencia. No basta. Debe tener tambien limpia la fama, quitando nocivas exterioridades, que la manchan. No cumple con su obligacion solo con tener escondidas en su alma las virtudes. No cumple. Debe poner patentes à los ojos de todos los buenos exemplos: *Modestia vestra nota sit omnibus hominibus*, (ad Phil. 4.) nos dice San Pablo, vuestra modestia en el porte, vuestra compostura en el proceder, vuestro miramiento en el hablar, vuestro recato en el vivir, ha de ser notorio à todos: *Nota sit omnibus*. Pues dónde están aqui los declarados ministros del demonio, los ignorantes, que se atreven à condenar de embuste, à de hyprocesía, el que el otro, à la otra escufe la conversacion torpe, evite la profanidad indecente, siga la Christiana modestia, cumpla con los preceptos de Dios, y se ajuste à lo que es necesaria obligacion para salvarse? Pues aun no basta sola, vuelve à hablar S. Pablo. Haveis de andar como à porfia, como de apuesta, no solo en el amor de unos à otros, sino en las buenas obras, procurando, que nadie os gane: *Consideremus invicem in provocatiorem charitatis, & bonorum operum*. (Ad Hebr. 10. v. 124.) Nos hemos de atender unos à otros. Y para qué? No para murmuraciones, no para cuentos, no para chismes: *In provocationem charitatis*: para que lo que vemos en el otro nos provoque al amor, à la caridad, & bonorum operum, y à imitar como de apuesta las buenas obras. Veo que aquel, siendo de mi estado, y ocupacion, frecuenta los Sacramentos. Pues por qué yo no los he de frecuentar? Veo, que aquella con mas caudal que yo, visté con modestia. Pues por qué yo no vestiré así? Veo, que el otro fin tanto caudal dá limosna. Pues por qué yo no la he de dar? Oh, qué provocacion tan provechosa de los buenos exemplos! Pues dónde están ahora las almas de demonios, que solo para murmurar atisban si viene à la Iglesia, si asiste à los Sermones, si confiesa, y comulga à menudo? Y les parece à los necios una gran discrecion decir, que esas cosas se han de hacer en lo escondido, de modo que nadie las vea. Y quiénes son estos Padres espirituales tan zelosos, que así hablan? Quiénes estos Doctores tan sábios, que así refuelven? Suelen ser unos mozuelos vanos, ignorantes, que perdida la vergüenza al mundo, viven de la trampa; y perdido à Dios el respeto, hacen gala de la mayor, y mas pública defemboltura. ¿Y estos son los tan zelosos? Pues oyan estas bocas de serpiente al mismo Jesu-Christo: *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona*. (Luc. 12.) Ha de lucir la luz de vuestra virtud delante de los hombres; de modo, que vean, que vean, *ut videant*, que vean vuestras buenas obras. Que las vean? Sí. Ese es el olor de Jesu-Christo, esa es la fragancia del Cielo, que à tantos ha llevado à la Gloria: *Curremus in odorem unguentorum tuorum*. En las Historias Ecclesiásticas, à cada paso hallamos, que innumerables Gentiles dexaron su ceguedad, abrazaron nuestra Fé, solo movidos de vér la ca-

ridad, la humildad, la modestia, y las santos exemplos de los Christianos. Pacomio, aquel pismo de los desertos, Padre de millares de Monges, esta fue su conversion. Siendo Gentil, y Soldado de Licinio, enemigo de la Fé, entró en Thebas, vió la modestia, el ajuste de los Christianos, la caridad con que le servian, siendo sus perseguidores, y esto bastó, para que desde allí convertido volara à una tan estupenda santidad. Qué le dió à la Iglesia à un Agustino, à este prodigio de saber, à este asombro de la santidad? El mismo lo dice. Oír allí à Simpliciano la conversion de Victorino, Varon sapientissimo, y arder al punto su corazon à su exemplo: *Ubi de Victorino ista narravit, exarsit ad imitandum.* Leer luego la vida del grande Antonio, y volar à su imitacion.

Mas qué traygo exemplos? que no hay tiempo para millares. Quántos acá, solo de vér en el otro la modestia, se alentaron à seguirla? Quántos de vér la obra buena, corridos de no hacerla, la imitaron? Quántos convencidos de un buen exemplo, abrazaron con veras la virtud? Ah, olor de Christo, y lo que puedes? De las palomas, dice S. Basilio, que sahudas con cominos, olor de que gustan, quantas en el ayre se le acercan, atraídas de aquel olor, las figuen, y llenan presto el palomar. (Basil. Ep. 175.) Oh, quánto mejor hallenado los palomares de Dios el olor de los buenos exemplos! En la Vida del admirable Varon Fr. Luis de Granada, bien conócido por sus provechosos escritos, se refiere, que una noche, yendo dos mancebos à la perdición de su torpeza, y à la torpeza de su perdición, pasaron por la ventana de Fr. Luis, à tiempo que tomaba una tan recia disciplina, que à los golpes, derrenidos, y atonitos, (P. Rho. l. 7. c. 5. s. 22.) volviendo sobre sí, y viendo quanto mejor merecian ellos aquella penitencia, dexaron al punto su intento. Volvieronse, y à la mañana, habiendo observado bien la ventana, vinieron al Convento, preguntaron, quién vivia allí? Y entrando con muchas lágrimas, se confesaron con Fr. Luis de Granada, y desde allí vivieron una ajustadísima vida. Tanto pudo un exemplo santo.

Es verdad, que debemos distinguir entre dos generos de obras buenas. Unas que son extraordinarias, singulares, y no comunes à la persona, al estado, à la ocupacion. Esas, pues, son las que aconsejan las Escrituras, y los Santos Padres, que se hagan, en quanto se pudiere, ocultas, en lo escondido, que nadie las vea. Asi debe ser, ò por evitar en los que las vén la nota, ò en los que las hacen la vanagloria. Eso es lo que nos previene nuestra Vida Christo: *Attendite ne iustitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis.* (Matth. 6.) Mirad, que no hagais vuestras buenas obras delante de los hombres, para que ellos las vean. Hacedlas públicas, y veanlas, pero no las hagais vosotros por intencion, y por fin de que las vean para vuestro aplauso. Veianlas para el exemplo: *Ut videant opera vestra bona;* pero no querais que os miren à vosotros para la alabanza: *Ut videant*

mini ab eis. Veianlas todos, que está en eso el provecho vuestro, y de los demás: *Ut videant;* pero no butqueis con ser vistós vuestra vanagloria, que eso será vuestro mayor daño: *Ut videamini.* Bien claro explicó los dos textos S. Gregorio: *Sic autem sit opus in publico, quatenus intentio maneat in occulto, ut & de bono opere proximis praebeamus exemplum; & tamen per intentionem qua Deo soli placere quarimus, semper optemus secretum.* (Hom. 11. in Ev.) Pero hay otras obras buenas, que son comunes, que son debidas, que las hacen con notoriedad todos los que se precian de Christianos, y que si otros las dexan de hacer, es porque viven como bárbaros. Esas, pues, no solo no se han de ocultar, sino que se deben hacer con publicidad, que lo vean todos. Venir à la Iglesia, oír el Sermon, dár una ordinaria limosna, confesar, y comulgar con frecuencia, vestir con modestia, hablar con recato, asistir à las acciones públicas de piedad, y de Religion: ¿quién no vé, que ese es el debido porte del Christianismo? Pues ese ha de ser el Balsamo, que à todos derrame su buen olor, y su fragancia; que por eso se nos pone junto con el Oleo en el Sacramento de la Confirmacion, para que no solo en lo interior lo seamos, sino para que nos precieemos en lo exterior de parecer Christianos: *Quasi Balsamum aromatizans odorem dedit.*

A este olor, à esta fragancia, dexaremos corrido, y vencido al demonio. Debaxo de los arboles del Balsamo, refiere Pausanias, se suelen esconder las vivoras, pero con un efecto prodigioso, y es, que pierden tan del todo su veneno, que no hacen daño alguno, aunque muerdan. Pues ese es el efecto mas admirable del Sagrado Balsamo de la Confirmacion, quitarle su veneno à la serpiente del infierno, postrar sus fuerzas al demonio à vista de armas tan invencibles. El SS. Martyr S. Prudencio refiere, como testigo de vista, que estando aquel sacrilego Apostata Juliano ofreciendo sacrificios à sus Idolos, para que le respondiesen à no sé qué dudas los demonios, el maldito ministro, despues de despedazar las víctimas, buscándoles las entrañas, nada podia descubrir de sus malditos agüeros, (Cat. Hist. tit. 3. de Conf. Ex. 1.) hasta que impaciente arrojando los instrumentos por tierra: Oh, Emperador, le dixo, se han alejado de aqui nuestros Dioses! Nada responden. Y sin duda es porque está aqui presente alguno unguido con el Balsamo de los Christianos. Juliano entonces, arrojando muy colérico la corona: quién hay, (dixo con voz ayrada) quién hay aqui tan atrevido, que asi se atreve à hacer guerra à nuestros Dioses? Parezca en mi presencia. Entonces, con gran valor, un Soldado de su guarda: Yo soy ese (dixo) yo soy, à cuya presencia tiembla todo el infierno, porque soy Christiano, y unguido con el Sagrado Crisma. Enmudeció corrido el Emperador, y tanto, que sin hablar mas palabra, se volvió à su Palacio, y quantos alli estaban atonitos, levantaron la voz, confesando à Jesu-Christo por verdadero Dios. Lo mismo refiere Lactancio, que sucedia siem-

pre

pre que algun Christiano se ponía en presencia de los Idolos, que al punto enmudecian corridos los demonios. Y si tanto puede este balsamo fantissimo contra los enemigos tan perversos, logremos sus armas para librarnos de sus astucias.

Refiere Fray Thomás de Cantimprato, que oyó al Venerable Bonifacio, Obispo Laufenense este sucefo. (Cantimp. l. 2. apam. c. 57.) Havia en cierta Villa de su Obispado una guarda de ganado mayor, un Baquero, que guardaba las bacas de todos los vecinos de la Villa, y era totalmente ciego. Ciego, y podia guardar el ganado? Pues de eso se admiran? Sacaba éste todos los dias el ganado de los corrales, sin que le faltase ninguna res, porque al punto que la echaba menos, la buscaba, y la traía; llevaba el ganado sin dexar que hiciesen daño alguno en los sembrados, porque si alguno se desmandaba, lo apartaba al punto: sabia distinguir en las Dehesas donde havia mejor pasto, y alli lo conducia; ¿no es prodigio? Pues aun mas falta, que si le pedian que traxese tal baca de tal color, iba sin errar, y la sacaba, aquella, y no otra, y la traía al punto. Ciego, y que juzgaba de colores? Esto parece cosa del diablo; sí lo era. Llegó à aquella Villa el Obispo Bonifacio, oyó el prodigio, y admirado, llamó al ciego; preguntóle si era Christiano? Respondió que sí, y que estaba bautizado; preguntóle si estaba tambien confirmado? Dixo que no; y el Obispo, haciendo traer el Sagrado Crisma, lo confirmó, y al punto perdió el tino, y conocimiento, y no pudo hacer mas lo que antes hacía, que todo era astucia del demonio sin que él tuviese culpa. Perdió la vista del diablo; dichosa pérdida! Oh, y si la perdiéramos todos para no atender, ni mirar tanto à respetos viles, que nos dañan, para mirar solo al bien del alma propia, y de los proximos, para lograr así la mejor vista de Dios en la Gloria!



PLATICA III.

DE LA FORMA, Y CEREMONIAS de la Confirmacion, y empeño en que nos pone de no avergonzarnos de Jesu-Christo.

Dia, en que se nos dieron vacaciones de Doctrinas, à 4. de Septiembre de 1692.

NO hay escudo de armas, sin que se haya maneado primero por armas el escudo; el mismo que en la batalla se embraza para la defensa, es luego campo donde se gravan las insignias de la gloria. Escudo de armas llamaron à aquel que acuerda de los antepasados los hechos mas heroycos, porque el mismo escudo, donde se re-

cibieron los golpes, ahí es donde se eternizan los tymbres. El escudo que se opuso delante à las heridas fue para que sus puntas gravaran en sus campos los quarteles de su honra. Esas son las que gloriándose las mas veces desvanecida, ostenta por sus armas la nobleza del mundo; mas cuáles son las armas de los nobles del Cielo, de todos los Christianos, digo, cuáles son sus armas? Una espada, y un broquel en el perpetuo manejo de su defensa: y una espada que quedará eternamente gravada en un broquel, por escudo glorioso de su honra: la Cruz digo: esa es la espada, y esa es tambien el tymbre de un Christiano, gravado en el escudo de azero; en el caracter, quiero decir, que eternamente indeleble nos imprime en el alma el Santo Sacramento de la Confirmacion: escudo que dandosenos este Sacramento para nuestra defensa, en él hemos de ostentar la Cruz para nuestra honra. Las mugeres de Lacedemonia, refiere San Basilio, quando llegado el hijo à edad juvenil lo enviaban à la guerra, abrazandole la madre por su propia mano el escudo, le hacia luego su razonamiento. (Basil. orat. 4.) Y qué pensais que le diria? Qué le podia decir una madre à un hijo quando se le ausentaba à tantos peligros? Hijo, le diria, hijo de mis entrañas, mira por tu vida, que vá pendiente la mia de la tuya, no te pongas en los peligros, evita quanto pudieres los riesgos, y si llega el caso de aprieto, huye, siquiera porque yo te vuelva à vér. Estas, ò tales cosas le diria, dandole los últimos abrazos, nada menos. Quitad. Antes puesta muy de severidad la Griega, acabandole de poner el escudo al mancebo: oyes hijo, en dos palabras: *O con este, ò en este: Aut cum hoc, aut in hoc.* No te digo mas, anda. Y qué le queria decir? Yo lo diré: era la mayor infamia soltar en la batalla el escudo de la mano, que era confesarse vencido; era por el contrario costumbre, que al que peleando moria, lo enterraban atravesado en su mismo escudo, que le servia de atahud: *Impositum scuto referunt Pallanta frequentes,* dixo el Poeta. Ahora, pues, entenderán aquellas dos palabras, oyes hijo, decía la Griega matrona, apuntando el escudo; ò con este: ò en este has de volver à mi presencia, ò con este vencedor, ò en este muerto, ò con este abrazado para tu honra, ò en este atravesado para la sepultura: *Aut cum hoc, aut in hoc;* y no siendo así, no tienes que volverme à vér.

¡Oh, quánto con mas temeroso cargo nos dice à todos esto nuestra Madre la Iglesia, al ponernos para la espiritual batalla el escudo: al imprimirnos digo, en el alma el sagrado caracter, que nos imprime el Sacramento de la Confirmacion, distinto de aquel que nos imprimió en el Bautismo, pues si aquel nos dexó la señal de la mejor vida, este nos grava la señal de las armas, para la mas gloriosa peléa, divisa tan firme, señal tan indeleble, que no pudiendole jamás borrar del alma, por eso, ni podemos recibir dos veces este

Sa-